

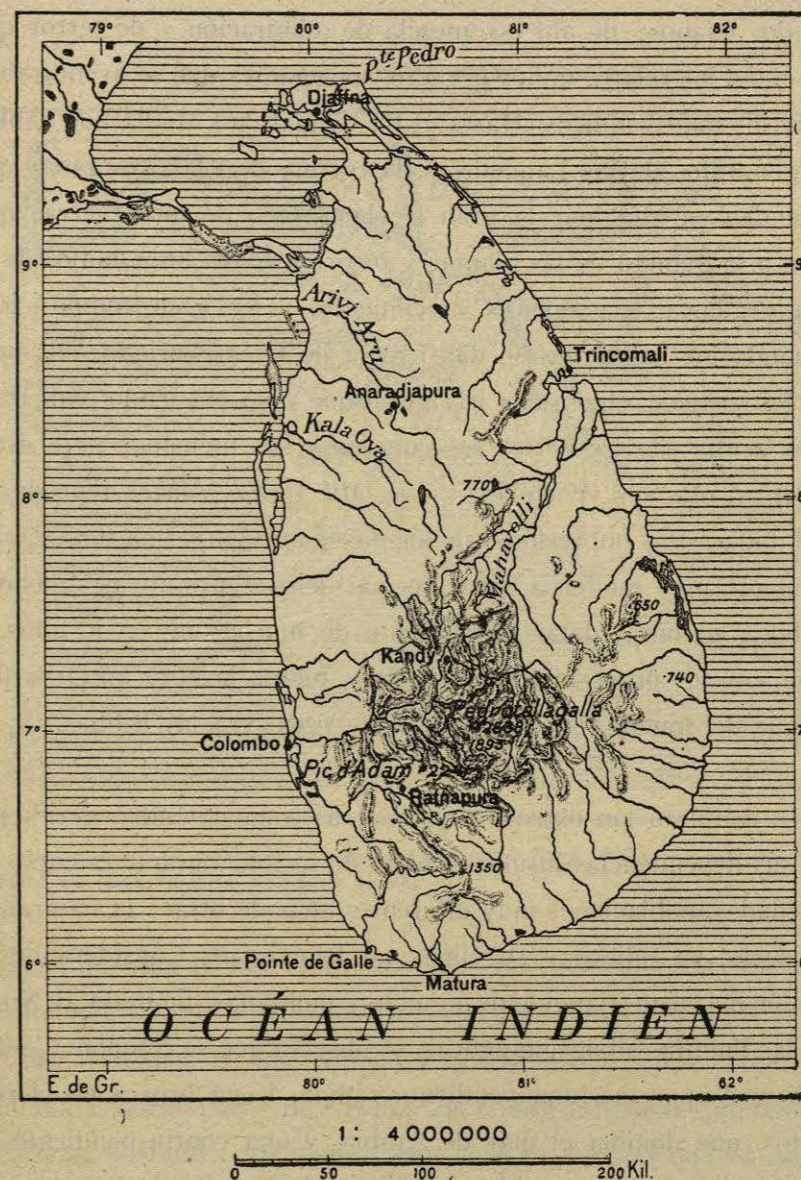
doso de 200 kilómetros de longitud que se despliega sobre la curva sud-occidental de la isla entre Colombo, la capital, y Matura, la ciudad situada a la extremidad terminal de Ceylán. Miles de cocoteros elevan su ramaje sobre bajas plantas aromáticas y floridas; otros palmerales contrastan con los cocoteros, entremezclando sus hojas, y entre ellos el maravilloso talipot (*Corypha umbraculifera*), cuya flor, admirada de todos, suele desarrollar a los cincuenta años de existencia de la planta, su estipe de diez a doce metros de longitud con millones de florecillas. ¡Y cuántas otras flores no menos bellas! ¡Cuántas ramas, bejucos y enredaderas entrelazadas, a través de las cuales se ven las azuladas vertientes de las montañas! ¡Cuántas frutas deliciosas inclinan el ramaje de los árboles, ofreciendo el sustento a los hombres vestidos de ropas talaras, que se pasean con lentitud por las arboledas, conversando graciosamente! La Naturaleza es allí admirablemente bella y los hombres que habitan aquel país parecen imitarle. «Ninguna comarca del mundo da impresión más profunda de la felicidad»¹, y ninguna, como lo atestiguan las leyendas antiguas, ejerció mayor atracción sobre los visitantes extranjeros. He ahí por qué, desde la más remota antigüedad, adquirió la isla de Ceylán una importancia de primer orden: la población era de una densidad extrema, como lo atestiguan las prodigiosas ruinas de las ciudades actualmente cubiertas por la maleza.

En la imaginación de los pueblos lejanos, deslumbrados por las relaciones que se les hacía de la maravillosa tierra, la isla de Taprobana o Tamraparni, «Resplandeciente como el cobre», era ampliada de una manera desmesurada. Se la consideraba como diez o veinte veces mayor de lo que es en realidad: el mapa de Claudio Ptolomeo la presenta tal como se la imaginaba; era la India por excelencia. ¿Fue un centro de emigración? Indudablemente, puesto que toda civilización produce una irradiación de fuerza. Un autor, A. de Paniagua, trata de probar en los *Tiempos heroicos*, que la Dravidia, comprendido Ceylán, fue, por sus mercaderes pacíficos, la gran educadora del mundo, hasta en la Europa occidental, en una época anterior a la invasión aria.

¹ Ernest Haeckel, *Lettres d'un Voyageur dans l'Inde*, Paris, 1884.

Por famosa que fuese en las leyendas y narraciones de viajes, en las épocas lejanas de la protohistoria era una rara aventura haber podido visitar la isla «resplandeciente». Los viajes se hacían con lentitud y los accidentes de todas clases les interrumpían con fre-

N.º 230. Isla de Ceylán.



cuencia: el mercader que veía perderse a lo lejos las playas de su país apenas sentía en el fondo de su corazón más que una vaga esperanza de volver a verlas. Varaduras sobre los arrecifes; largas estancias sobre bancos de arena donde el naufrago sólo se alimen-

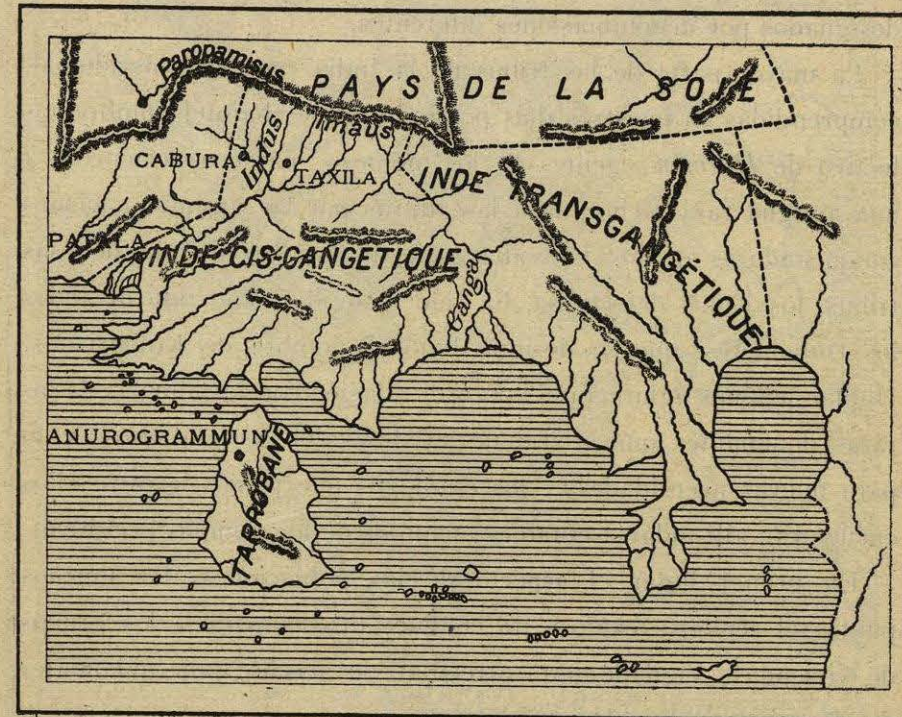
taba de cangrejos, conchas y algún fruto casualmente traído por las olas; abordaje en países desconocidos poblados por antropófagos, largos cautiverios, tormentos, sufrimiento de todas las miserias, práctica de todos los oficios, batallas con piratas o marineros enemigos, alternaban con los hallazgos felices, con los sucesos extraordinariamente afortunados y los deslumbradores espectáculos de los mundos lejanos: de ahí esa mezcla de admiración y de terror que presentan los relatos de los primeros navegantes que se aventuraban sobre los mares índicos. Hasta el fin de la Edad Media nos hablan los geógrafos de las Laquedivas, la cortina de islas avanzadas que defienden en alta mar la gran Ceylán, como de unas tierras que viven a la manera de las plantas y recorren todos los estadios de la vida orgánica: nacimiento, crecimiento, vejez y descomposición. «Cuando los habitantes se dan cuenta de la inseguridad del suelo que les sostiene, eligen una isla joven que vaya creciendo para trasladar a ella sus cocoteros, sus cultivos y sus utensilios para establecer en ella sus viviendas»¹. Las *Mil y una Noches* reproducen las fábulas y las impresiones de los navegantes bajo una forma relativamente muy moderna, pero las narraciones primitivas repetidas de boca en boca, datan ciertamente de muchos miles de años, y quizá, con los proverbios y los cuentos, fueron la obra literaria más antigua del mundo, muy anterior a los Vedas y a las Biblias.

Un conjunto tan extenso de comarcas como la India meridional con sus dependencias insulares, hubo de recibir, durante el curso de las edades, poblaciones muy diferentes unas de otras: la naturaleza del suelo, su relieve y su clima así lo exigían. Considerando la reunión del vasto triángulo de mesetas y montañas, limitado al Norte por las llanuras sindo-gangéticas, se observa que se compone de dos vertientes opuestas, una pendiente rápida, hasta brusca en ciertos puntos, que domina el mar de Arabia, y una contra-pendiente de lento declive, casi insensible, que desciende al golfo de Bengala. La distribución de los pueblos en el gran territorio se hizo naturalmente en conformidad con esta disposición geográfica. Las tribus aborí-

¹ Albirouny; Jos. T. Reinaud, *Relations des Voyages des Arabes*, t. I, París, 1845.

genes se conservaron en islotes en los macizos escarpados de montañas que dominan la meseta o en las profundidades de los bosques, donde les era más fácil resistir las invasiones; las naciones cultas que disponían de medios considerables para la extensión de su poder, se establecieron sobre las partes regularmente inclinadas de la meseta, en tanto que los puertos de la costa occidental y la estrecha

N.º 231. Territorio indico, según Claudio Ptolomeo



Anurogrammun es actualmente Anaradjapura, Cabura es Kabul, Patala se piensa que es Haiderabad, las ruinas de Taxila todavía son visibles.

faja a que dan acceso, recibieron los extranjeros de toda procedencia conducidos desde lejanos países por el soplo de los monzones.

En la época en que comienza la historia para las comarcas de la India meridional y de Ceylán, las tribus indígenas que tenían un carácter distinto eran seguramente más numerosas que en nuestros días, después de tres mil años de evolución que contribuyeron al trabajo de asimilación y de unidad. Es, pues, probable que, a pesar de las repulsiones y apartamientos producidos por las colonizaciones y las conquistas, las tribus todavía rebeldes a las costumbres de sus vecinas, las grandes naciones de la India, ocupen las mismas

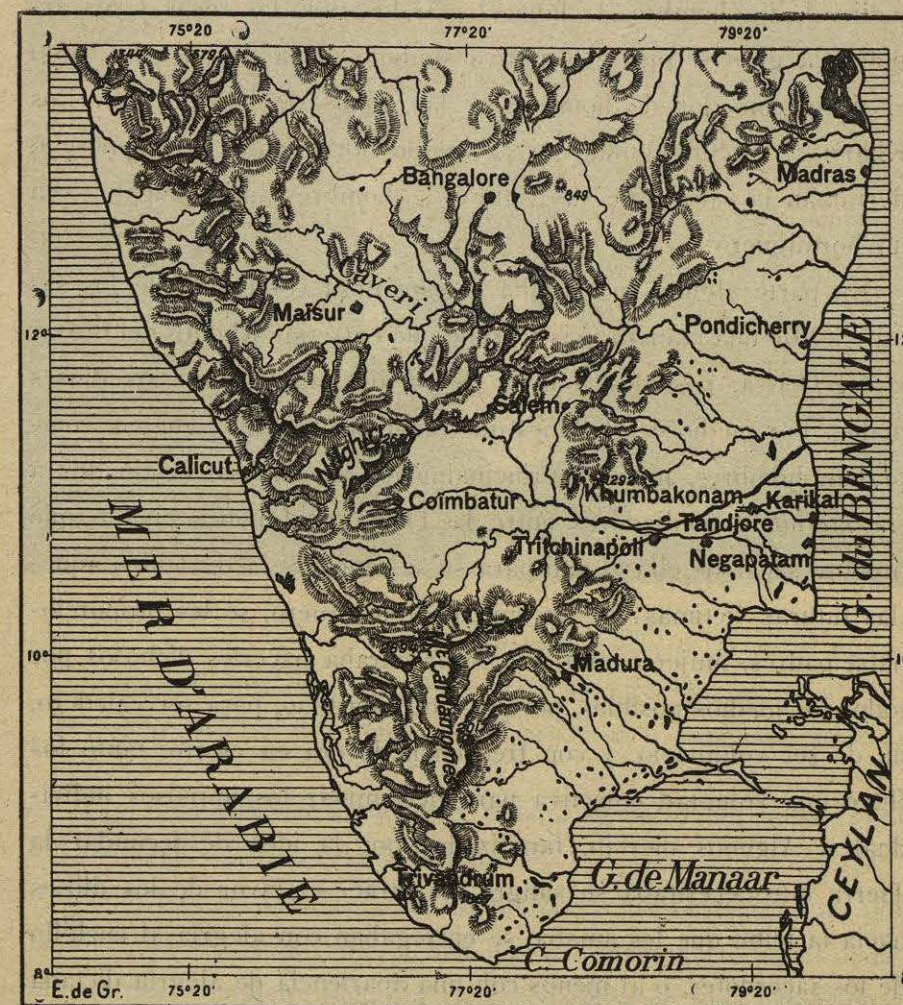
regiones que sus antepasados: el territorio se ha estrechado, pero las condiciones del medio, que ahora les permiten defenderse, protegían tanto mejor esas tribus cuanto mayor era su fuerza numérica. Las tradiciones locales atestiguan la antigua extensión de pueblos, antes poderosos, y reducidos en el día al estado de *pariah* o de fugitivos. Pero la sangre de esas poblaciones, cuyo nombre resuena cada vez más débilmente y cuya importancia histórica fué muy mínima, no deja de correr por las venas de los Hindos actuales, designados por denominaciones diferentes.

La mayor parte de las tribus de la India central y meridional, comprendidas en nuestros días por los Ingleses bajo el nombre colectivo de *Hillmen* «gentes de los montes», parecen pertenecer a una antigua raza rechazada a las alturas por las grandes naciones conquistadoras de los Dravidianos y de los Arios. Una de esas tribus, los Kohls del Orissa, ha sido escogida como tipo de todos los congéneres, que se designa bajo el nombre de Kohlarianos. Hablan lenguas aglutinantes, sin otra relación con los idiomas de las razas dominantes que el uso de palabras que se han introducido para nuevas necesidades, y los etnólogos que penetran entre ellos encuentran allí todavía notables ejemplos de los tiempos primitivos.

En primer lugar el aspecto de las poblaciones. En muchos puntos el sendero tortuoso no conduce directamente a los grupos de viviendas. Vigilado por torrecillas de acecho, por andamiajes donde existen centinelas, se dobla y se curva de modo extraño, a fin de que el enemigo, si se presenta, se halle expuesto a las flechas y a las jabalinas de los indígenas: de ese mismo modo todavía el genio militar de la actualidad hace describir las curvas más extravagantes a los caminos y vías férreas que atraviesan o circundan las plazas fuertes. Por lo demás, para esos desgraciados primitivos, amenazados por un peligro incesante, el mayor cuidado, el de todos los instantes, es el de la defensa; pero cuando el extranjero sin mala intención ha franqueado los obstáculos de troncos de árboles, de malezas espinosas y las trampas que guardan la entrada de una villa, es acogido como un hermano en la «larga casa» que sombrea el (*Ficus Indica*), el (*Shorea robusta*), o cualquier otro árbol sagrado.

Entre esas tribus que tan penosamente conservan su existencia distinta en medio de las naciones dominantes de la India, las hay, como los Djangalis o «Silvestres» de los ríos altos, los Brahmanis

N.º 232. Contraste de las dos vertientes



1: 6 000 000

0 100 150 300 Kil.

Madras es actualmente una ciudad de cerca de 500000 habitantes, las aglomeraciones de Bangalore y de Pondicherry cuentan cada una cerca de 150000, las otras ciudades indicadas tienen una población que excede de 50000 o les falta poco para llegar a ese número.

y los Baitaranis, que todavía no se han elevado en la industria hasta la fabricación de cacharros ni de telas, ni tampoco conocen el uso del hierro¹. Las viejas religiones animistas y chthonicas domi-

¹ Dalton, *Ethnology of Bengal*.

nan todavía en esas poblaciones salvajes, «hijas del suelo», conscientes de haber sido los primeros ocupantes de la comarca y de celebrar en ella siempre los antiguos ritos. Los Kohlarianos no tienen templos, ni aun altares rústicos: invocan los primeros dioses, el sol, padre de los hombres, la luna, el mar, los ríos, las rocas y los árboles, la gran serpiente primitiva símbolo de la tierra, sobre todo el tigre, comedor de hombres, y las almas de los muertos. Los Kharrias del Singhbuhm, en el ángulo nor-oriental de la meseta, derraman la sangre de sus víctimas — hombres antiguamente — en un hormiguero.

En parte alguna se cumplía la espantosa ceremonia de los sacrificios de una manera más terrible que entre los Khonds del Bustar y del Orissa, poseídos todavía de terror infantil ante los dioses malos. Por medio de chalanes que recorrían toda la comarca, compraban hombres, niños y principalmente muchachas, destinados a ser *meriah* o mediadores entre la Tierra y el pobre pueblo que procura sacar de ella el pan para su sustento. Se acogía bien aquellas futuras víctimas: se les cuidaba con esmero, se les proporcionaba padres, mujer o marido; se procuraba hacerles dichosos por todos los medios posibles, porque todo sacrificio, para ser valedero, ha de ser voluntario, y con frecuencia lo era en efecto, tanto influye una voluntad colectiva para determinar los impulsos individuales. Algunos *meriah*, fanatizados por la idea de fecundar la Tierra que necesitaba su sangre, de atraer el favor de los dioses hacia la tribu que les amaba, se entregaban con alegría al cuchillo de los sacerdotes, o al menos con una apariencia de alegría dictada por el punto de honor; pero ordinariamente los victimarios lograban simular el consentimiento de la víctima por medio de una droga que le privaba de sensibilidad. Según las tribus y las modas, — porque también la moda se introdujo en esas feroces costumbres, — los suplicios variaban de forma y de refinamiento; pero cualquiera que fuese el procedimiento, ya fuese el degüello o la decapitación, la tierra abierta absorbía el líquido caliente y humeante, y todos los espectadores se precipitaban sobre el cuerpo palpitante para cortar con el puñal o desgarrar con las uñas o los dientes un pedazo de carne, que se enterraba en seguida en los campos para



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

CABAÑA DE TODAS, MONTAÑAS AZULES (NILGHIRI)

Los individuos de la tribu de los Todas, casi ya extinguida, llevan la amplia sábana que el gobierno indiano les impuso en 1870 (1).

asegurar una cosecha abundante, o bajo el suelo del hogar para obtener la prosperidad de la familia².

Las tribus rechazadas a las montañas y los bosques, que, por temor y horror al extranjero, han logrado mantenerse en el aislamiento más completo, llegan a vivir casi fuera de toda evolución y conservarse semejantes a sus abuelos durante miles de años, encontrándose, por decirlo así, enquistadas en el organismo general de las naciones vivientes. Había tribu de las montañas, entre los Santal y los Oraón, que evitaba por todos los medios posibles encontrarse con los hombres de las razas civilizadas y hasta verlos. «La vista de un Hindu, dice uno de sus proverbios, es más espantosa que la de una serpiente o de una pantera» (Hunter). Antes los

¹ Elie Reclus, *Les Primitifs*, p. 311.

² Elie Reclus, *Les Primitifs*, ps. 357 y sig., según Arbuthnot, Macpherson, Dalton, etc.